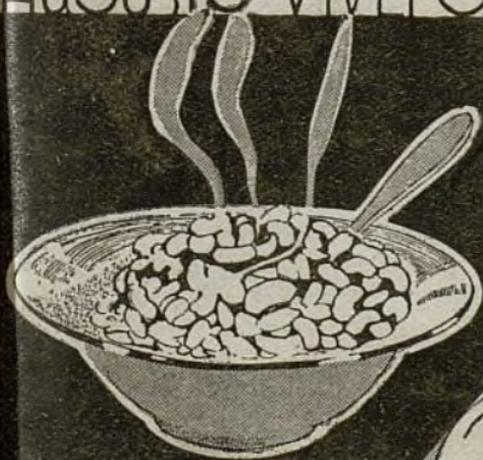
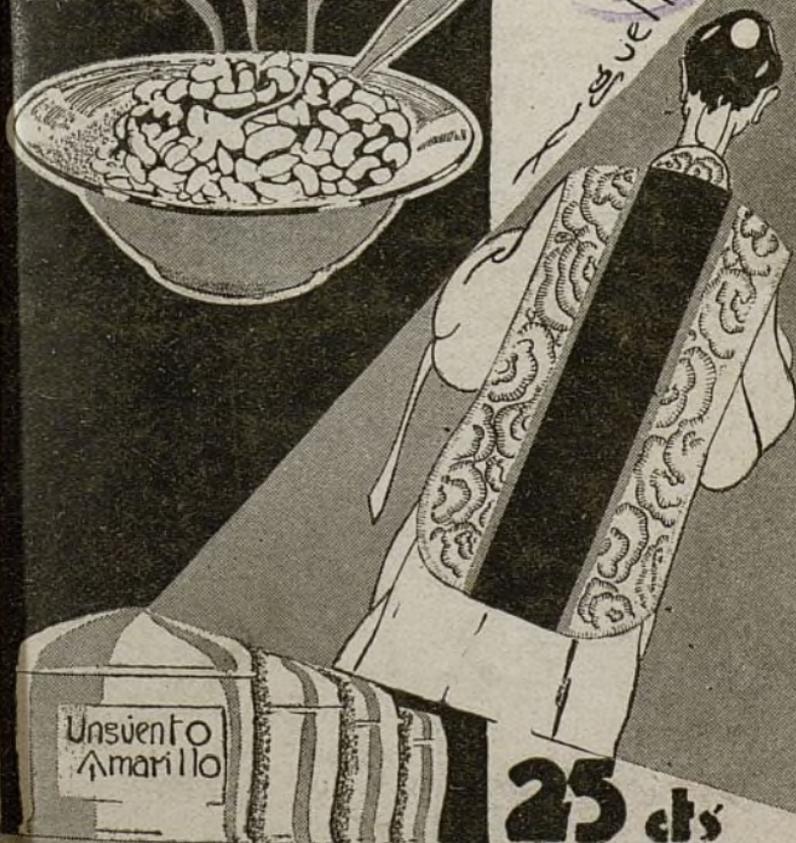


EL SANTO REVOLTILO DE LA MISA

Augusto Vivanco



Revuelto



Un ciento
Amarillo

25 cts

BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS

Bi

AD

EL

Biblioteca de los sin Dios

Año I

Núm. 16

EL SANTO REVOLTILLO
DE LA MISA

por

AUGUSTO VIVERO

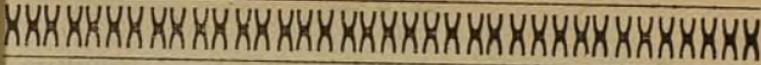
Portada de ARGUELLO



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID



EL SANTO REVOLTILLO DE LA MISA

Cuando el médico, D. Antonio, llegó al palacio de D. Pío, el religioso matatías hallábase a las puertas de la muerte.

Los síntomas eran infalibles. En primer lugar, el usurero tenía junto a sí buen golpe de fetiches célebres: uno de los ochenta dedos de San Blas que adoran los cristianos; el milagroso crucifijo de los PP. Recoleccionistas, formado, como nadie ignora, con pelos de la barba de los doce apóstoles, y pelitos de un lunar del XIII apóstol de complemento; la brocha con que San José bendito daba cola en su carpintería; un pañal, con señales de uso, del Niño Jesús de Praga; el braguero de San Estanislao de Kostka; y una redomilla con dos gotas del vino de Valdepeñas, químicamente puro, que en la Cena distribuyó a los comensales y bebensales el último hijo del último Todopoderoso...

Al ver aquello, D. Antonio movió la cabeza, preocupado.

Si; D. Pío estaba poco menos que en el penúltimo suspiro. Ello se colegía con sólo ver a su esposa libre del beneficiado que, tarde y noche, la preparaba solícita y reservadamente para irrumpir en el Cielo.

Mas, lo que sobre todo persuadió al médico de estar finiquitando el hombre del 40 por 100, fué mirarle como preso entre dos crucifijos, empuñados por dos especialistas en la captación de herencias: un ignaciano y un agustino. ¡Malorum! Gentes así alrededor de un enfermo, equivalen a contemplar grajos sobre una carroña.

—¡Ay, doctor! ¡La Providencia nos abandona!—púsose a gemir la del beneficiado, en cruz los dedos y fijo el mirar en el cielo raso, donde sin duda estuvo la señora del abandono.

—¡Hermana!—reprendió uno de los buscaherencias—. ¡Sólo el Altísimo sabe lo que nos conviene! ¡Sobre que el Señor jamás abandona a los suyos!

—¡El alma, el alma es lo que importa salvar!—adujo el otro cadaverista, justipreciando entre sí el enorme brillante que refulgía en la mano del usurero.

—¡Y se salva con tan poquito, con tan poquito!—asegundó el ignaciano, seguro de que el Velázquez puesto a la cabecera del paciente lo vendería pronto y muy bien la Orden.

Indiferente a la farsa, el médico procedía en tanto a examinar al enfermo. Pronto vió ser engañosas las apariencias. D. Pío, aun con aquellos terribles zánganos al pie, no llevaba intenciones de morir.

Cortó, pues, D. Antonio la comedia seudoreligiosa.

—¿Y la purga?—dijo—. ¿No respondió todavía el aguardiente alemán?

La cónyuge tuvo un dengue afligido.

—Lo acaba de tomar. Y como si no. ¡Divina Virgen! Nuestra última esperanza está en esto.

Y mascando lagrimones refregaba por el vientre del usurero el papel con la bendición de Su Santidad, comprada sin regateos en las taquillas de la Nunciatura.

—Lo mejor—dijo una beatona que acababa de zamparse allí—es confesar al pobre y que le viatiquen. ¿No ven que agoniza?

Don Pío abrió los ojos angustiadamente.

—Hermano—propuso al enfermo el A. M. D. G. amenazándole con el crucifijo de rematar—, piense con alegría en que Dios le espera. Correspóndale como es debido. ¡Hay que salvar el alma!

—Aún es tiempo, hermano—insinúa el otro avichucho de presa—. Los bienes estorban para el Cielo. Salve su alma, salve su alma.

—La Iglesia es pobre—gime compungido el ignaciano.

—La Iglesia es pobre—suspira con dolor el agustino.

—¿Verdad que no quiere morir en pecado?—pregunta la cristera con dulzóna saña, encarándose con el enfermo—. ¿Verdad que ansía confesarse y recibir al Señor?

Demudado el rostro por el miedo, clavó D. Pío las turbias pupilas en el del aguardiente alemán. Don Antonio, sin poderse contener, asió del brazo a la cristera y sacóla del aposento en un santiamén.

—¡Quiere irse al cuerno con su Extremaunción!—le

dijo trepidante de cólera—. ¡Es odioso martirizar así a un enfermo! Y sobre todo, imbécil. ¿Sabe usted siquiera qué es esa paparrucha de la Extremaunción, inventada por los mercachifles del dogma?

—¡Jesús, María y José!—exclamó la beatona, desahaciéndose a rápidas santiguaciones—. ¡El viático, paparrucha! ¡Hereje!

Sin escucharla, D. Antonio se fué a la puerta de la alcoba.

—Señores—habló a los buscaherencias—: pierden el tiempo. Don Pío no se muere, yo se lo garantizo. Así, pues, como no hay legado en lontananza, huelgan sus piadosos afanes.

Jesuíta y agustino dejáronse la disputada presa. Y hechos mastines se fueron contra el enemigo, vociferando entre grandes gesticulaciones:

—¡Hereje! ¡Paparrucha un Sacramento! ¡Un Sacramentooo!

—¡Qué Sacramento, ni qué zanahorias en vinagre!—repuso D. Antonio cerrándoles la puerta por donde salieron—. ¡Soez mercantilismo! El dios de ustedes es el dinero. Ahí van a parar unos y otros, los que fríen al paciente por darle un bocado a la herencia, y los que, cuando está frito y archifrito, acuden con el aceite de la Extremaunción.

Agustino y jesuíta lleváronse las manos a la coronilla, que los monos exhiben en salva sea la parte. La beatona, convulsa, dejóse caer en una silla, tapándose la cara como la vez primera que vió unos calzoncillos sacerdotales.

—¿Quiéren que hablemos un poco tocante a la far-

sa de la Confesión? ¿Quieren que les explique por qué constituye otra farsa lo del viático?

* * *

—Señor mío—adujo el ignaciano escapándose por la tangente—, ¿quién es usted para estorbar que un buen cristiano entre al reino de los cielos? ¿Quién, para injuriar lo instituído por Dios?

—Usted—remachó el agustino—, actúa como enviado de Satanás. Y no sólo contra un buen hijo de la Iglesia, que lo es ese moribundo, sino contra una de las más preclaras instituciones sacramentales.

El médico los miró de pies a cabeza.

—¡Cuánta falsía!—expuso—. ¿Dónde hablan de la monserga extremauncionista el Antiguo Testamento y la olla de grillos de los Evangelios? Cítenme del Cristo de ustedes una sola frase alusiva, y yo admitiré no implicar la Extremaunción una de las mayores falsedades cometidas por la Iglesia.

Cruzadas las manos, y los ojos por el suelo, el A. M. D. G., de improviso calmado, responde con mística suavidad:

—Ciertamente: no hay Extremaunción en el Antiguo Testamento, ni la mencionan tampoco los evangelistas. Sin embargo, ¿deja de venir del Cielo?

—Sí; en paquete postal—replica el galeno con desdén—. ¿A mí con imposturas? ¿De dónde sacan uste-

des la confesión y el aceite final? De una epístola que a Santiago le atribuye audazmente la Iglesia, y que los críticos repudian por vulgar superchería. Mas apechuguemos con que hubo un apóstol Santiago... y con que supo escribir y escribió... y con que le pertenece la burda epístola del «Jacobó, siervo de Dios y del Señor Jesucristo a las doce tribus—judías—que se hallan dispersas»... ¿qué?

—¿Cómo que qué?—salta el agustino, mientras la beatona se crispa igual que si tuviese un cólico—. Innegable que la epístola no dice ser el apóstol su autor; mas ¿contienen o no sus frases todo el santísimo Sacramento de la Extremaunción?

—¿De veras?—redarguye con zumba el facultativo—. ¿Con que una carta de un desconocido Jacobo cualquiera sirve para crear un Sacramento? ¡Menuda herejía, señor eclesiástico!

—Pero como la Iglesia dice ser de Santiago la carta...

—Herejía también. Aunque procediera del Santiago que hoy es apóstol y plaza montada celeste, ¿dónde consta que un apóstol pueda fabricar un Sacramento! ¡Ni que los Sacramentos católicos fuesen churros de Galilea! (1).

Certísimo el saetazo, los oyentes se dieron punto en boca.

Esa carta—remachó el médico—, sólo acredita el desparpajo herético de Roma. Porque, sépase, la Igle-

(1) Para otros Sacramentos, véanse en esta Biblioteca: «¡Eso de las Hostias!», denunciada; «Jesús, santifica el matrimonio civil»; «El sacramento vaginal» y «Adán, Eva y compañía».

sia violó, pisoteó, escarneció la ficticia carta del ficticio apóstol para urdir dos Sacramentos abominables.

—¡Mentira!—chilló la beatona, como rata en cepo.

—¿Mentira?—dijo don Antonio—. Veamos. Un Sacramento: el de la confesión. Imposible negarme haber convertido los Papas en odioso «Confesáos con un cura», el tan opuesto «Confesáos vuestras faltas *unos con otros*» (2), que hallamos en la misiva famosa. Y aún, para esa falsificación impúdica, hubieron de entrar a sáco en el brahmanismo, robándole hasta la formulilla con que hoy absuelven de pecado los confesores católicos. ¿Más? Como los hebreos se daban tres latigazos al confesarse «unos con otros», la iglesia vino a representar simbólicamente la cosa en los tres «*mea culpa*» del Confiteor. Si esto es innegable—añadió—, también lo es haberse colocado la Iglesia por solideo otras palabras del imaginario apóstol, para, escarneciéndolas, urdir la herejía de la Extremaunción.

—¡Herejía, hermano!—zollipó el agustino signándose y santiguándose, y volviendo a signarse y santiguarse.

—¿No? A ver. Recuerde los conceptos que se le cuelgan al Santo de Caballería en la triste carta.

El agustino, haciendo de tripas corazón, masculla: «¿*Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos...*»

—Ancianos, ¿eh?—interrumpe don Antonio—. Nada de curas ni de frailes. Y menos aún de curitas y frailecitos. ¡Ancianos! Primer gatuperio.

(5) Epístola universal de Santiago, cap. V, versículo 16.

—De todo se hablará—gazapea el agustino, a la vez que mide con el rabillo del ojo las pantorras de la cristera, movilizadas por un ataque de nervios—. Antes, oiga lo más categórico: «... *Llame a los ancianos de la Iglesia, y oren por él...*»

—Lo primerito, el orar. Y no un cura; todos los ancianos de la Iglesia. Segundo gatuperio. Y ahora llega el aceite.

—«... *oren por él, ungiéndole con aceite en nombre del Señor.*» ¿Más claro? Y el agustino, cruzándose de brazos, miró provocativo a su antagonista.

—¿Por qué hace punto ahí?—rió el descreído—. Continúe. Ya tenemos a todos los *ancianos* de la Iglesia local junto al paciente. Y *todos*, para que resulte bien la cosa, orando por él. ¿Qué pasa? La solución en el versículo siguiente. Ahí, ahí es donde resalta la falsía con que obró la Iglesia creando su herético Sacramento. Venga ese versículo denunciador.

—«*Y la oración de la fe*—dijo a regañadientes el fraile—, *salvará al enfermo, y el Señor le levantará, y si estuviese en pecados, perdonaránsele*» (3).

—Amigo—proclamó don Antonio—, esto sí que está claro. La Unción del apóstol no sirve para mejor hacer el guño final un enfermo. Los ancianos rezan la «*oración de la fe*»—oración ignorada por la Iglesia y que por tanto no está en uso—, y el enfermo se cura como por arte de birlibirloque. Item, el Señor le alza del lecho y le perdona sus pecados, si los tuviere.

(3) Epis. mencionada, cap. V, vers. 14-15.

—¿De modo—bramó confuso el tagarote—que para usted?...

—Para mí, no. Para su apóstol de ustedes. Yo no entro en si es pamplina que la «oración de la fe» constituya panacea cúralotodo, ni en si tal niñería viene del absurdo que Marcos hace proferir a Cristo: «Al que cree, todas las cosas son posibles» (4). Pero si digo...

El frailote se le quedó mirando, perplejo.

—Lo de ustedes—adujo aún don Antonio—es Extremaunción; lo del Jacobo, Unción no Extrema ya que sana por modo infalible. Lo de don Jacobo implica un seguro vitalicio contra la molesta Parca; el llamado Sacramento, es como dar la puntilla. Por ende, ¿qué narices de semejanza muestra el Sacramento falso con la ridiculez curativa del apóstol? Máxime cuando en la chinchorrería de ustedes, maquinal y ritual, maldito si asoma «la oración de la fe», más útil que el brochazo de aceite con microbios, a decir del Jacobo de la carta...

—Pero los santos óleos...—farfulla el agustino, patidifuso, mientras exhibe segundo ataque de nervios la beatona.

—¡Como si fueran los santos vinagres! Son pueril supervivencia mágica, que los supersticiosos judíos tomaron de otros pueblos. Así cuenta Marcos que los apóstoles «ungían con aceite a muchos enfermos, y sanaban» (5). ¡Curanderías de antaño! Por eso el Jaco-

(4) Marcos, cap. IX, vers. 23.—(5) Marcos, cap. VI, versículo 13.

bo de la carta echa el aceitado sobre «la oración de la fe». ¡Por si las moscas! Pero en Jacobo, insisto, los enfermos sanan mediante la chusca panacea del rezo; no dan el bocinazo, conforme acontece por lo común a los que reciben el espúreo Sacramento del viático.

—Caballero, el nombre de la Extremaunción es sagrado—, chilló la beata, irguiéndose de pronto, uñas en ristre.

—Pero si ese nombre—asestó don Antonio—constituye de por sí monstruosa herejía. ¿Cómo puede ser Extrema la Unción que, a dicho del embustero apóstol, sana de manera infalible? Y si la Extremaunción de ustedes no cura, sino que trae consigo las Pompas Fúnebres, ¿qué nexa hallar entre lo del apóstol y lo de la Iglesia papícola? ¡Negocio! ¡Torpe y sucio negocio!

El jesuita, por igual mohiño con el cariz del pleito, que seguro de estar verdes las uvas de la herencia, optó por escabullirse calladamente.

—En resumen—espetó el médico, atajando al agustino, que ya desenfundaba uno de los embrollos con que la Teología combate al sentido común—; en resumen, el espúreo Sacramento de ustedes no halla otra base canónica que los pueriles parrafillos del Jacobo-Santiago, parrafillos que cabalmente lo contradicen, lo niegan, lo hacen migas. Sin contar con que, a excepción de la Iglesia, nadie ha sabido jamás que hubiese un apóstol Santiago. Y sin añadir que la carta de Jacobo se le atribuye al mítico apóstol con la misma autoridad que, al haber un Pérez apóstol, se le achacase un documento por ir firmado «Pérez».

—Conque—acabó—, largo de aquí, señores saltatumbas. Ni don Pío se muere, ni donde yo esté se introduce la filfa intolerable de los Sacramentos inventados por el mercantilismo papícola.

La beata miró al agustino. El agustino miró a la beata. Y ella y él, y él y ella, escaparon precipitadamente con las manos en donde llevan los cuernos el Diablo y muchos tragahostias.



En esto se oyó vocear en el dormitorio del paciente

—¡Milagro, milagro!

—¿Qué?—dijo el médico allegándose a la cama—.
¿La purga?

—¡Qué purga!—responde alegre la esposa del usurero, dándose prisa en vestir con ropas limpias el lecho. ¡Qué purga! ¡La bendición de Su Santidad!

—Sí, sí—murmura don Pío fervoroso—. ¡Es un milagro! El aguardiente alemán no obraba; mi mujer ofreció diez misas si... Y la bendición del Papa hizo lo que no hacía el medicamento...

—Cien misas, Pío; son cien—aclaró la del beneficiado.

Don Antonio, habituado a que las obras de la Medicina resulten a la postre milagros de la Providencia, hizo dos cosas muy expresivas: taparse las narices y fruncir el entrecejo.

—Pío—inquirió la tierna cónyuge, arrojando fuera del aposento un burujón de sábanas—: ¿te parece que llame al beneficiado? Nadie como él para las misas.

—Oye—objetó pensativo el usurero—; ¿no conviene aguardar? Me siento mejoradísimo, casi bueno; mas cien misas... ¡caramba!, son muchas pesetas. Y a menudo se cumple un voto prematuramente, y después...

—¿Cómo después?—arguyó picada la consorte—. ¿Crees que la Divina Providencia se vuelve atrás?

—No, no... pero se dan casos...

—Pío—dictamina gravemente la del beneficiado—, la Providencia cumplió haciendo el milagro, y hay que pagárselo. No me puedes dejar fea. Yo dí la cara con Dios...

El matatías, que al sentirse aliviado recobraba sus facultades aritméticas, contempló a don Antonio con aire de ruego. ¡Cien misas! ¡Y de pago todas! ¿No era posible rebajar en el número?

Pero como el facultativo no pestañease, el hombre del 40 por 100 desembozó su pensamiento:

—Don Antonio, ¿usted qué dice? ¿Tiene la Misa eficacia terapéutica?

—Según—respondió el preguntado, muy en serio—. Las misillas de tres pesetejas están contraindicadas: ni las oye Cristo, ni gusta de que se las mienten. En cambio, las misas caras—porque el «Santo Sacrificio» es como las alubias: se vende a varios precios—nos dan muy buen resultado en las enterocolitis, en las nefritis, en las falsas preñeces...

Escandalizóse la dama. Sonrió complacido el misapagano.

—Don Antonio—adujo nerviosa la del beneficiado—; no se chancée con las cosas santas. Bien que la confesión y el viático sean el embuste que usted combate; pero, ¡la Misa! ...¡La Misa fué implantada por Nuestro Señor en persona!

—Sí; eso sí—apoyó el matatías—. Lo aseguran los papas, los obispos, los curas.

Sonrió su amigo.

—Para desfachatez, la Iglesia—profirió—. Con igual fundamento podría mentir que viene de Jesucristo la negra sotana de los curas, hurto de ellos a los sacerdotes de Mitra. Y que Jesús les dió el modelo de las sobrepellices y albas, hurto de la Iglesia a los sacerdotes de Isis. Y que Jesucristo andaba por el mundo con la casulla del clero actual, robo de la Iglesia a los sacrificadores egipcios y fenicios. Y que la estola—plagio de las bandas puestas a las víctimas cuando las llevaban al sacrificio ante el altar—era chirimbolo usado por Jesucristo, aquel Jesucristo que ni llevaba coronilla como los sacerdotes paganos, ni se disfrazó nunca en los Evangelios, como lo hacen hoy sus mal llamados ministros.

La usurera lanzó contra el médico el filo, contrafilo y hasta la punta de agresivo mirar.

—¿Luego—expuso—todo lo que se nos enseña sobre la Misa es falsedad? ¿No tiene origen divino? ¿Viene de los hombres y no de Jesús?

—Señora, lo mismo que la Iglesia pergeñó sus disfraces rituales a puro rebatiñar en otras supersticiones, así mismo se agenció la Misa mediante robos. Eso

sí, a cada robo supo echarle encima uno de los corrompidos latinajos que ustedes conocen.

—¡Imposible!—disparó la del beneficiado, indómita en su fe de beata española.

Sentose D. Antonio junto a la cama, y con voz tranquila dijo:

—Oígame, señora, y óigame usted,, D. Pío, ya que el «milagro» se lo permite sin riesgo.



—Es ya cosa demostrada—comenzó—lo de ser Jesucristo uno de tantos dioses como inventó el hombre. Para formarle púsose a contribución todos los dioses de índole solar y muy especialmente los atributos de Agni, símbolo del fuego y de la vida, representado por la cruz swástica, chisme prehistórico mediante el cuál se producía lumbre. Tiene poco de extraño, pues, que los autores de las novelitas llamadas Evangelios se inspirasen en antiguo culto védico al imaginar el episodio de la nocturna comifona. Si los vedas se partían el pan y el vino, cuerpo místico de Agni, ¿por qué el Cordero (*agnus, agni*) no los imitaría en el cuentecillo de la Cena?

«Y surgió la patraña de Marcos:

—»Estando ellos comiendo, tomó Jesús pan, y bendiciéndolo, partió, les dió y dijo:—Tomad, esto es mi cuerpo—. Y tomando el vaso, tras dar gracias, les dió

y bebieron de él todos. Y les dice:—Esto es mi sangre del Nuevo Pacto—¡el antiguo pacto de sangre beduíno!—, que por muchos es derramada!» (6).

»El episodio pásase de inocente. Pero, además, resulta pueril adaptación judaica del rito de Agni y de otros ritos, agricultores, en que Agni fué reemplazado por un dios agrícola, en honra del cuál sacrificábase por primavera seres humanos, cuya sangre bebían los fieles y de cuya carne comían a boca llena (7). El cuentecillo-robo de Marcos no merecía, pues, que lo recordasen personas de algún caletre. ¿Quién recuerda las niñerías de otras supersticiones desbalijadas en los Evangelios por hacer morir y resucitar al Adonis cristiano?

»Pero, a la vez de la plebe judaica y a la de los esclavos de Roma, ¿qué más les era volverse al Cristo que a Baco, Attis, Adonis, Mitra, Horo y demás iguales y antecesores del Cristo? Si la plebe creía lo de haber obrado tales y cuáles cosas increíbles estos arquetipos de Jesús, ¿qué les daba pensar haberlas hecho un Mito de Galilea?

»La fantasía de Marcos tuvo creyentes, conforme las tuvieron todas las anteriores falsedades religiosas. Saliéronle a Marcos plagiarios y enmendadores, llegó a

(6) Marcos; cap. XI, vers. 22-24.—(7) Véase la monumental obra de Frazer, «Le Rameau d'Or», ed. francesa. París, 1911; tomo III, libro V: «La mort des divinités de la végétation et le Rameau d'Or». ¡Floja serie de iguales de Cristo aparece allí!

haber hasta cincuenta y cuatro Evangelios distintos, y la incultura creyó haber existido Jesús, como antes creyó en la existencia de Serapis, Dionisios y demás Jesuses anteriores. Al correr del tiempo, alguien recordó que uno de los plagiarios de Marcos—el evangelista Lucas—atribuía al Baco de Galilea un: «Haced esto en memoria mía» (8). Y la secta judaica de los cristianos llegó a hacerlo. Tuvo, «en memoria» de su Agni, «la Cena del Señor.»

»¿En qué consistía? Recuerden que los cristianos primitivos odiaban los templos y las imágenes. Recuerden también cómo les eran abominables las prácticas de los gentiles, y por tanto, esas vestiduras que hoy lucen paganamente los sacerdotes católicos. Nada, pues, de templos, de imágenes, de clerecía encarnalada, ni de ceremonias teatrales. Una mesa, como la del Evangelio. En torno de la mesa, aquellos a quienes partían el pan y el vino—«en memoria de mí»—los ancianos de la Comunidad. Y sanseacabó. Ni comerse a Cristo en una oblea, ni bebérselo en vino, litúrgica y heréticamente aguado. Comían el pan, «en memoria» del Mito. Bebían la sangre de cepas, «en memoria» de su Agni.

Corrió más el tiempo. Hubo ya un negocio eclesiástico. Sirvió el Mito para que, como en las demás religiones, unos individuos viviesen a expensas de otros. Y entonces comenzó a componerse lo que llamo yo «El santo revoltillo de la Misa».

(8) Lucas, cap, XXII, vers, 19.'

—¿Qué significado tiene la palabra Misa?—suscitó el usurero.

—Canónicamente, ni Dios lo sabe—repuso don Antonio—. Los Evangelios no traen el chusco vocablo, que tampoco se halla en el Antiguo Testamento. ¡Claro! Como que la Misa es extraña en todo a las Escrituras. Pero aún las vulnera, las escarnece, según comprobaremos de seguida.

—Pues, ¿no le llama la Iglesia «Santo Sacrificio?»—, habló suspensa la consorte.

—¡Sacrilégio, señora! Si la Iglesia cree haber sido Jesús inmolado en la cruz para redención de los hombres, ¿qué otro sacrificio expiatorio cabe? Por parte de Jesús, imposible. ¿Por parte de los fieles? Aún menos. Sería tanto como inferir completaban una obra que dejó su Dios incompleta... Vengamos ahora al nombre «Misa». Esta ceremonia pagana copia el ceremonial propio de los sacrificios paganos, y de ahí le viene su chocante mote de «Santo Sacrificio», no menos que el apelativo de Misa. ¿Por qué? Porque en Roma, el sacerdote gentil daba la despedida a los fieles diciendo: —*Ite, missio est*. Gente bárbara corrompió el *missio* en *missa*, y... y la Iglesia, ladrona del dicharacho, lo repite aún al remate de lo que hurtó a la ceremonia sacrificial de los gentiles.

Hubo un silencio. Callaba meditabundo el prestamista. Y su pensamiento era: «¡Me voy a ahorrar lo menos cien duros!» En trueque, la cónyuge sollozaba por dentro: «¡Mi pobre beneficiado se queda sin sus petillas!»



—¿Dice usted—preguntó el usurero piadoso—que la Iglesia copió la Misa del ritual pagano? ¡Entonces infringe los Evangelios!

Don Antonio responde con un ademán despectivo.

—¿Qué infringir? ¡Los ha pisoteado, convirtiendo «la Cena del Señor» en una mojiganga!

—Saben ustedes—aclara—como la Iglesia papícola, por difundir su cristianismo, dejóse de miramientos y se puso a rapiñar las exterioridades de otros cultos, incompatibles con la Escritura. ¿Cómo pudiera escapársele aquella teatralería, realzadora de los sacrificios paganos? La hurtó sin escrúpulo para su «Santo Sacrificio», que ni es Santo ni Sacrificio. Poco a poco fué sustituyendo la sobria «Cena del Señor», usual entre cristianos, por una parodia ruin de lo que hubo en los templos de la gentilidad. Por ende, hoy, la Misa es burda copia del rito correspondiente a las religiones de que simula espantarse Roma.

»A semejanza de los sacerdotes gentílicos, los papícolas se visten de blanco. Remedándoles, justifican a fieles y templo con la misma forma de hisopo que los paganos empleaban. En ello les bastó decirle «agua bendita»—con bacterias—a lo que denominaban los idólatras «agua lustral». Incluso, porque fuese completo el robo, colocaron sus pilas de agua bendita donde mismo estuvieron las del agua lustral con que los gentiles hacían sus mutuas aspersiones.

»Parecióles imitable aquel comienzo de la ceremonia sacrificial de los gentiles con sus himnos al Sol y al Fuego, y ahí tenemos el *Introito* y algunas invoca-

ciones
creyen
les de
lanzár
rodia d

»Poco
del cri
simple
la Igle
el altar
ban, e
elección
dote co
la Igle
insatisf
pan «e
propio

»Cont
lo del
(el Red
el vino
lavaba
beber v

(9)
Cicerón
ber al v
No ha
que él s
tulo 16

ciones de la Misa, recordadoras del hurto. En cambio, creyendo miserable nonada el pan común que los fieles de Cristo se partían en la sobria «Cena del Señor», lanzáronse a suplantar el pan y la Cena con una parodia de lo gentilico.

»Pocos ignoran que en el Lacio, al tomar auge lo del cristianismo, las víctimas sangrientas implicaban simple recuerdo entre idólatras. No se las hurtó, pues, la Iglesia; pero en sus aficiones por lo ajeno, puso en el altar el Ara, que aún las evoca. Los idólatras usaban, en vez de víctimas cruentas, las «víctimas de elección», o sea gráciles tortas de harina, que el sacerdote colocaba en la cabeza de los devotos. Pues bien: la Iglesia papícola tomó de aquello sus hostias. Y aun insatisfecha, proclamó que en adelante no se comería pan «en memoria» de Jesús, sino que se comería al propio Jesús en grácil torta de harina.

»Continuemos. En los sacrificios paganos era usual lo del Lavatorio. Antes de hacer la ofrenda a Liber (el Redentor Baco); esto es, antes de catar el clérigo el vino sagrado de las libaciones (9), aquel hombre se lavaba las manos. El papismo robó el Lavatorio, el beber vino y aun el modelo de las vinajeras. Al fin y

(9) Como si escribiese para los traga hostias de hoy. Cicerón adujo: «De que llamemos al trigo *Ceres* y *Liber* al vino, no se sigue que ambas especies sean dioses. No habrá hombre tan necio que juzgue ser Dios lo que él se come». (*De natura deorum*, lib. XIII, capítulo 16).

a la postre, ¿qué es Jesucristo? Siempre imitación de Baco.

»Aún dieron más los sacrificios de la paganía para el «Santo Sacrificio». Como el sacerdote idólatra rezaba pidiendo a su Divinidad que aceptase la ofrenda, los papistas le robaron tal costumbre y metieron en el Cánón aquel uso idolátrico. Item. Por haber en este punto de la «Missio» una ceremonia especial, para iniciados, en honra de Júpiter Secretus, el romanismo impuso la *Secreta* en su parodia de la Missio.

En fin, tras lo ya dicho—muy bien tocado por Malvert en su «Science et Religión»—, el cura idólatra se arrodillaba y levantaba, tendía las manos al cielo, alargábalas sobre su hostia, volvíase a los fieles, quemaba incienso y ofrecía el pan y el vino a las divinidades gentílicas. Tres veces las invocaba, según hoy se hace también con el *Sanctus* y el *Agnus Dei*. Luego, tras la postrera libación, acabada la «Missio», despedía fervoroso a los creyentes con el «Ite, missio est». Conque, dígame, ¿viene o no viene del sacrificio pagano el «Santo Sacrificio?».

Usurero y usurera contempláronse sin proferir palabra. Mas en sus ojos se leía: —¡Cuánta desfachatez tiene la Iglesia! ¡Miren que achacar a Cristo lo rapinado con tamaña impudicia!

* * *

Tras
tor de

—Ya

ber par

Missio,

vertir u

señores,

se con ó

asumier

dose por

el feo r

cio III,

»Uno

carse de

»Otro

ca y qu

faenita.

nos, col

ta se pe

eso que

»Pasa

macho ó

se cantu

»Estan

Pelagio

ción de

—Nen

que la l

con reta

—Exa

dan ahí

Tras una breve pausa continuó el médico, gran lector de obras atinentes a religiones:

—Ya dije, refiriéndome al «santo revoltillo», no haber parodiado bruscamente los Papas el ritual de la Missio, antes muy poco a poco. Y aquí es bueno advertir una cosa. Aunque llamemos Papas a aquellos señores, la verdad es que desde 320 a 520 contentáronse con decirse arzobispos. Más osados desde 520 a 605, asumieron el nombre de patriarcas. Y al fin, poniéndose por mitra las Escrituras, donde no suena una vez el feo nombre de Papa, en 605 lo inventó el Bonifacio III, encasquetóselo, y ¡hasta 1932!

»Uno de estos individuos, Dámaso, tuvo a bien sacarse de la cabeza, en el año 368, el plagiado *Confiteor*.

»Otro de igual oficio, el Sr. Jelasio, producto de África y que vivió a fines del siglo V, hace también su faenita. Hurta de aquí, hurta de allí, pergeña los *himnos*, *colectas*, *responsorios*, *graduales*, *prefacios*, y hasta se permite *incluir el Vere dignum et justum est* en eso que hoy se nombra Misa.

»Pasa el tiempo. Y hacia el año 512, un señor Simacho dispone que los domingos y fiestas principales se canturrée el *Gloria in excelsis Deo*.

»Estamos ya en los alrededores del año 556. Un tal Pelagio agrega buenamente al pisto la *Commemoración de los difuntos*.

—Nena—dice aquí a su esposa el usurero—, ¿sabes que la Misa parece una de esas alfombras trabajadas con retales de muchos colores?

—Exacto, don Pío—corroborra el médico—. Y no quedan ahí las cosas. Allá por el año 600, a Gregorio I se

le antoja corcusir a lo ya dicho las *Antifonas* y el *In-troito*, de fuerte sabor pagano. También echa en aquel cajón de sastre la orden de cantar el *Kyrie eleison* nueve veces y que se vocee el *Alleluya*. Y aun exige más el fiero don Gregorio, entusiasta copiadador de lo idolátrico. El más consiste en que se cante por lo alto el *Páter noster* sobre la hostia consagrada. Y que se atornille en el Cánon el *Diesque nostros in tua pace disponas*. ¿Van viendo ustedes nacer las diversas partes de la «Missio» papícola?

—Así, pues—suspira la del beneficiado—, ¿todo el Santo Sacrificio es hechura de los Papas?

—¡Digo! Y escuchen aún. Pasan más años. Cerca del 700, un apreciable Serijo dispone—acordándose del culto pagano—que el *Agnus Dei* se cante sus tres veces antes de partir el pan. Corre veloz el tiempo. Siguen los Papas en sus plagios y añadidos. Gregorio II zurce a la *Secreta* del santo revoltillo, el *Quorum solemnitatis*. Nicolás I añade al místico gazpacho las *Secuencias*. Por no ser menos, Sixto I planta en la Misa el *Sanctus, Sanctus, Sanctus Domine Deus Sabaoth*. Cuanto al *beso de la paz*, fué de lo primerito inventado. Se le ocurrió a un tal don Inocencio, por el año de 405.

—¡Caray con la ensalada!—comenta el devoto don Pío—. ¡Y va usted siguiendo el orden de la Misa, don Antonio!

—Cabalito. Continúo. El bueno de León I echa en el santo revoltillo el *Orate pro me frates*, así como el *Deo gratias*, y aun infiltra en el Cánon el *Sanctum sacrificium* y el *Hano igitur oblationem*.

—¡Horrible mescolanza!—susurra la del usurero.

—Ya estamos en el Ofertorio, señora. El *Ofertorio*, paganísimo en esencia, presencia y potencia, sacósele del magín el papa señor Celestino. Ahora viene lo del pan sin levadura. Tamaña herejía la impuso un don Alejandro I, que finiquitó en 177. Diósele un pito de que Jesús, en las Escrituras, usase para la Cena pan común. Y aun cuando en la Cena Jesús bebe y da a beber vino puro, el tal Alejandro prescribe que la cle-recía mísera use vino aguado. Con ambas heréticas in-vencciones, que aún subsisten, el Alejandro coló en el revoltillo el *Qui pridie quam pateretur*.

—¡Qué bodrio!—escuchósele al usurero—. ¡Y haber creído yo, desde la escuela, cual todos, ser la Misa in-vento de Jesucristo!

—Pues aún no he recordado—continuó el galeno— que en el *Te igitur clementissime Pater*, uno de los autores del santo revoltillo mienta, no sólo al Rey, pero aun al Papa y al Obispo, aunque de estos dos nunca tuvo noticia el Jesús de los Evangelios.

—Pues ¡sí que es verdad!—bisbiseó la dama.

—Tan verdad, señora, como que el *Communicantes* nombra guapamente a Santos Cipriano, Lorenzo, Cri-sógono, Cosme y Damián, caballeros desconocidos en absoluto por su Jesús de ustedes. Y además, en aquel otro plato fuerte de la Misa que comienza por *Nobis quoque peccatoribus*, salen en retahila, entre otras des-conocidas por Jesús, las señoras Santas Perpetua, Ague-da, Lucía, Inés, Cecilia, etc. Con que, díganme, ¿ca-be achacarle al pobre Jesús esta serie de extravagán-cias?

—Pero, ¿y el latín de la Misa? ¿No hablaba Jesús en latín?—sacó la del beneficiado.

—En la novela, Jesús es hebreo. Por añadidura, los Evangelios son griegos. Lo de representarse la Misa en mal latín fué ocurrencia de un mediocre Viteliano papa, no mucho antes del 672. El mismo sujeto metió en los templos el canto y los órganos. Dichas dos cosas perduran, como el mandato de un oscuro Zacarías, por el cual llevan las vestiduras sacerdotales oro y piedras preciosas, no menos que las de algunas cupletas de postín. En cambio, ¡qué poco atiende nadie haber prohibido Nicolás I oír misa representada por un clérigo amancebado! ¡Naturalmente! ¡Como que apenas habría quien la dijese!

—¿Entonces—murmuró el prestamista, regocijado—es mentecatez comprar y pagar misas...?

—Mentecatez y media. ¿Cabe llamar Santo Sacrificio a lo que ni es Sacrificio ni Santo? ¿A lo que se copió de los idólatras? ¿Al cajón de sastre donde fué arrojando sus retales cada Pontífice? ¿A lo que urdieron gentes por lo común dignas de estar en la cárcel, con tiara y todo? ¡Buenas, buenas tragaderas poseerá quien halle algo de divino en esa mojiganga paganesca, en que todo se hace mecánicamente! ¡Y pensar que en 1558 ya dijo esto a los españoles Cipriano de Valera en «Los dos Tratados!»

* * *

—A la Cena

—¿D

se y p

los clér

Cristo y

co. ¿Y

nados C

los apó

tijo de

turrean

Jesús, e

no de l

de la M

Paró

—En

venir e

ya de f

acólito

gelistas

bir y b

proviso

cantar

sús ni

nales m

—Pfo

crituras

gañados

—Arc

los Eva

lo que

—A lo menos—habló pensativa la del beneficiado—, la Cena está representada en la Misa.

—¿Dónde, señora? ¿Se entretuvo Cristo en quitarse y ponerse vestiduras, según hacen continuamente los clérigos en su pagana comedia? No. ¿Tuvieron Cristo y los apóstoles un altar para su Cena? Tampoco. ¿Y un Ara paganísima, con los trapillos denominados Corporales? Ni por soñación. ¿Rezaron Jesús y los apóstoles alguna de esas cosas raras que en revoltillo de latín, griego y hebreo mascullan, gruñen o canturrean los clérigos del Papa? ¡Ni pensarlo! ¿Hizo Jesús, cenando en la novela de los Evangelios, alguno de los jeribeques usuales en la comedianta clerigalla de la Misa?

Paró un poco para tomar aliento, y dijo:

—En la novela que inventó a Jesús ni se le ve ir y venir como un poseído; ni colocarse ya de espaldas, ya de frente; ni blandir un cirio ardiendo mientras un acólito le alza por detrás las faldas. Tampoco los evangelistas le hacen entretenerse con aquel continuo subir y bajar de brazos. Ni le imponen lanzarse de improviso, desde un masticamiento de voces bárbaras, a cantar con todos sus pulmones. ¿Qué mucho? ¡Si Jesús ni siquiera lleva rapado el rostro cual sus nominales ministros de ahora!

—Pío—indicó la cónyuge—, hemos de leer las Escrituras. Me temo que la Iglesia nos haya tenido engañados...

—Archiengañados, doña Fe—replica su amigo—. En los Evangelios, primeramente Jesús trocea el pan, dice lo que dice, y lo distribuye a sus amigos. En la mo-

jiganga papícola, el cura comienza por invertir los términos: primero dice lo que dice y después rompe a Jesucristo, pues según Roma, Jesucristo está en la oblea eucarística. Mas rompe a Jesucristo y no lo reparte, como en los Evangelios, donde se oye a Jesús: Tomad y comed. El cura pontificio muestra el pan y el vino a la gente arrodillada y, tan fresco, se los reserva para sí solo. ¡Y con qué momerías! Al cabo de rato divide la oblea en tres partes, y porque sí—pues Jesús ministró pan y vino separadamente—el cura echa uno de los trozos en el vino, y se zampa revueltas las dos cosas. ¿Cabe mayor herejía? ¿No contradice todo esto la Cena?

La dama interrumpe:

—Pero, una vez al año, el pueblo recibe también la hostia.

—¿Y el vino?—clama el médico—. ¿Cuándo se da hoy el vino a los fieles? ¿No se viola del todo, así, lo acontecido en la Cena? ¿No es herético el simulacro de la Misa?

—Sin embargo—interviene don Pío—, tengo por innegable que la Misa cumple lo de la Cena, tocante a memorar la pasión y muerte de Jesucristo.

—Amigo mío, en el gazpacho de la Misa—que se vende a quien lo paga—, la Iglesia rememora los Santos y Santas de que Jesús no tuvo ni aun noticias en su novela. Y se comete un sacrilegio: decir el cura que en su Misa se sacrifica a Jesucristo y que lo presenta a Dios Padre por los pecados de vivos y muertos. Si en la novela ya lo hace Jesús, ¿con qué autoridad lo puede hacer otro? ¡Farsa, queridos amigos! ¡Farsa! Co-

mo la de servir la Misa contra enfermedades. Como la de venderla para dar con las cosas perdidas. Como el representar ese triste sîmulacro clérigos que, por culpa de los Papas, viven en la perenne mentira de llamar a su mujer «ama», y a sus hijos, sobrinos... De modo, que sobre ser la Misa burda remembranza de los sacrificios idólatras, escarnece la sobria «Cena del Señor» plagiada por Marcos y sus imitadores del rito védico de Agni.

—Veo, nena—declaró solemne don Pío—, que será boba gastarnos unos duros en la compra de misas. Y voy creyendo que el milagro lo hizo, no tu promesa, antes el aguardiente alemán.

—Pero, digo yo—interpuso la del beneficiado, sin darse por vencida—: si el Santo Sacrificio escarnece así los Evangelios, ¿cómo lo admitió España desde su principio?

—¿Desde cuál principio, señora?—demanda el médico—. El uso romano sólo entró aquí en tiempos de Alfonso VI. Hasta entonces usaban los españoles el Oficio gótico, también dicho mozárabe o toledano. ¡Y cómo equiparar una forma de misa con otra forma! Y cuenta que la romana de entonces no era, ni con mucho, el amasijo idolátrico y de comedia que es ahora!

—¡Ah! ¿Sólo desde Alfonso VI?—habló atónita la dama.

—Sí; entonces triunfó Roma en España. ¡Y con qué artes! Porque la franchuta reina Constanza, mujer de Alfonso, encaprichóse de un marsellés, el abad de San Víctor, enviado aquí por el papa Gregorio VII a que

la camelase. ¡Bonita pareja la del abad y el papa! Cómo serían, que, muy luego, le retiraban las Ordenes al primero, y un Concilio, el Brixienso, destituía de su cargo al rufianesco Gregorio papa. ¡Y que debamos a semejante dúo la introducción de la Misa papal entre nosotros!

—Iba diciendo usted—recordó don Pío—que la reina Constanza...

—Iba a decir que la Constanza, franchuta de origen, se aficionó mucho al pillastre del abad, su compatriota; y que acabó el rey siendo...

—¡Por Dios, don Antonio!—atajóle ruborosa la del beneficiado.

Sonrió el médico.

—Iba a decir—expuso—que acabó el rey queriendo lo que el amigo de su esposa quería. Hubo singular Juicio de Dios entre unos campeones del Oficio y Salterio mozárabes y otros del Oficio y Salterio romanos. La victoria fué para los antipapícolas. Mas como el abad apretaba de firme a su reina, y la reina procuraba complacerle, Alfonso VI encomendó a la Providencia elegir entre ambas imitaciones del rito védico de Agni. Echáronse al fuego el libro del ritual toledano y el del otro; y, según dicen, ardió enteramente el romano. Pero como el amigo de la reina insistía... el esposo de la reina mandó que se aplicasen el

Oficio
pal se
zo de
de Al
antig

—¿
desde
aun s

—¿
amen
hubo

nō. Y
tas.
demá

su sa
de la
hoy l

la Ig
a Agr
Evang

—E
benefi

(10
hacia

Oncio y Saltério romanos. Así, la primera Misa papal se representó en San Juan de la Peña el 21 de marzo de 1071. Desde entonces corre por España el dicho de *Allá van leyes, do quieren reyes*, nuestro refrán más antiguo.

—¿Es posible?—se maravilló la beneficiada—. ¿Sólo desde 1071 se dice aquí la misa de estilo romano? ¿Y aun se la impuso de tan ruin modo?

—¿Qué así? Alfonso impuso el estilo romano-francés amenazando con terribles castigos a las gentes. Y así hubo Eucaristía (10). Y quitarse a los fieles lo del vino. Y el meter en la Misa invocaciones a Santos y Santas. Y el ridículo invento del Purgatorio. Y todo lo demás que a los Papas vino en ganas ir agregándole a su santo révoltillo, para que no conservase ni rastro de la Cena del Señor... ¿Y con qué fruto? Para que hoy los historiadores acusen de plagiaria e idólatra a la Iglesia; para que al hablarnos de Jesús recordemos a Agni; para que la clerecía engorde hablando de unos Evangelios que contradice y escarnece con su Misa.

—Entonces, ¿qué creer?—demandó cabizbaja la del beneficiado. Si la Misa es embuste, si Jesús no ha exis-

(10) Cuando la impuso a los fieles Inocencio III, hacia el año 1215.

tido, si hoy tenemos un culto que se robó a los gentiles... ¿En qué creer?

El médico se encogió de hombros.

—Fácil es saberlo. Lo principal, que el hombre hizo los Dioses a su imagen y semejanza. Y luego, que si es malo tocar el violón, malísimo es servir de violón para que otros toquen cobrando como artículo de primera necesidad religiosa el santo revoltillo de la Misa. Mírenme a mí: ¿he necesitado por ventura aceptar las paparruchas de cualquiera religión para ser en la vida una persona decente?

Augusta Vivera

en-
hi-
que
rio-
de
c la
ep-
en

Este es el
nuestro próximo número original de
originales escritos y sus originales

CÉSAR MALDONADO

de la biblioteca

de la novela "El Compañero"

de la novela

EL COMPAÑERO

COMPLETO

Realizado en el
que merecen los
A los que
antes de
es

de la

[Faint signature or stamp]

¡Leed, leed, leed!

Nuestro próximo número, original del
insigne escritor revolucionario

CÉSAR FALCON

que publicará

“La Novela Proletaria”

y se titulará

“EL COMPAÑERO
CONFIDENCIAL”

Refleja virilmente el odio y desprecio
que merecen los judas del proletariado.
Abre los ojos a los incautos. Enciende
afaneş de justicia. ¡Es una gran obra!

25 CENTIMOS

Pedidos a


“Ediciones Libertad”
ROMA-41 MADRID

Ayuntamiento de Madrid